

En torno al origen de las enseñas militares en la Antigüedad (1)

Fernando Quesada Sanz (*)

* Universidad Autónoma de Madrid

Resumen:

Se realiza una revisión del papel inicial táctico y puramente práctico, y de las connotaciones simbólicas añadidas, de las insignias militares en el mundo antiguo, desde la Edad del Bronce al final de la República Romana. Se enfatizan las tendencias a largo plazo, y el análisis del proceso por el que un objeto eminentemente funcional adquiere fuertes connotaciones simbólicas y hasta religiosas, que acaban extendiéndose del ambiente militar al civil.

Palabras clave

Insignias. Estandartes militares. Táctica.

Summary:

This paper presents a study of the uses of military insignia in the Ancient World, from the Bronze Age to the end of the Roman Republic. We first insist on the practical uses of these objects and establish a typology, drawing on a wide range of examples extending to the modern era. We then emphasize long-term tendencies, analysing the process by which a set of basically practical objects was given an 'added value' of symbolic and even religious nature, that finally outlasted their primary function, extending from the military to the civilian realm.

Keywords

Insignia. Military standards. Tactics.

(1) Este texto es una versión ampliada en algunos aspectos, y resumida en otros, de la conferencia de mismo título pronunciada en el MARQ de Alicante el 20 de Noviembre de 2006. Agradecemos al MARQ y en particular a D. Manuel Olcina su amable invitación tanto para la conferencia como para su publicación.

(2) Por ejemplo, para España, O'Donnell (2000).

(3) Por ejemplo, A.J. Reinach, *s.v. signa militaria*, p. 1307 ss.

HISTORIA DE UN VALOR AÑADIDO: DE OBJETOS FUNCIONALES A REFERENTES SIMBÓLICOS

Hasta la generalización de las armas de fuego de tiro rápido en la segunda mitad del s. XIX, los estandar-tes militares habían jugado un papel práctico esencial en el campo de batalla, y con el tiempo también se generó un elevado valor simbólico que perdura hoy, perdida la funcionalidad original (2). Hay incluso quien piensa en un proceso más complejo: los estandar-tes serían en origen –prehistórico– sobre todo símbolos totémicos protectores de carácter mágico; transportados en alto al campo de batalla para ver por la victoria de sus fieles, luego adquirirían una función práctica en el campo de batalla, y finalmente perderían dicha función quedándose en señales identificativas de persona o nación (3). Tal remoto origen prehistórico, puramente apotropaico, protector, es plausible, pero no tenemos documentación para analizarlo en detalle.

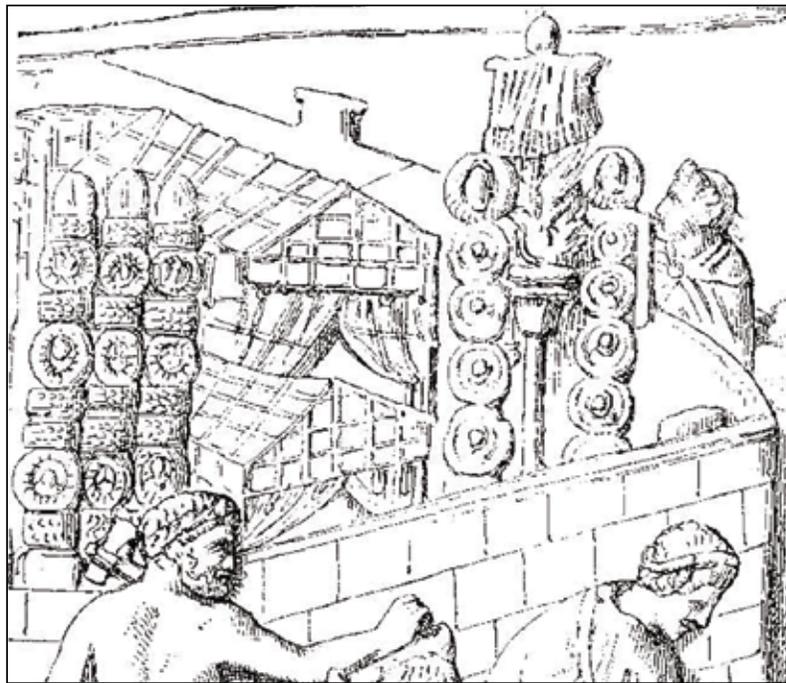


Figura 1. Grabado del monumental *'Dictionnaire des antiquités grecques et romaines...'* de Daremberg y Saglio, representando un relieve de la Columna Trajana, con enseñas legionarias a la derecha y pretorianas a la izquierda.

Cuando en el III milenio a.C. empezamos a tener en el Próximo Oriente –sobre todo en Egipto- datos precisos sobre el uso de estandartes, por ejemplo en la famosa escena de victoria de la llamada ‘paleta de Narmer’, su asociación a ceremonias militares o a actividades guerras es indiscutible, aunque en este caso concreto las insignias se relacionen más directamente con la figura del faraón y el concepto de realeza divina. Nos centraremos pues aquí en el aspecto militar de las enseñas desde el momento en que tenemos alguna documentación fiable para ello.

El empleo de la pólvora sin humo –desarrollada entre 1846 y 1886- (4) y de las armas de retrocarga, de repetición y automáticas, impuso a lo largo de la segunda mitad del s. XIX la dispersión de las unidades en el campo de batalla en orden muy abierto, con un ‘campo de batalla vacío’, y acabó con las formaciones en ‘orden cerrado’, cohesionadas y muy visibles que habían sido características y necesarias tanto en el periodo del arma blanca como en el de la pólvora negra. Una de las primeras veces que se acuñó el concepto de ‘empty battlefield’ fue en la Segunda Guerra Boer de 1899-1902. El artista y periodista Mortimer Menpoes trataba de dibujar algo, pero escribe: *“No ví lucha... y sin embargo estaba en mitad de la batalla... Y así ha sido siempre en esta guerra moderna; no se puede honestamente pintar un cuadro de batalla hoy en día [1901]. Se ve muy poca lucha. Ves los efectos del combate, hombres mutilados y aldeas destruidas; pero en cuanto a ver al enemigo, eso es una imposibilidad absoluta, incluso con un catalejo. Un refrán que dice que la batalla moderna se reduce a un hombre y una nubecilla de humo es correcto... o mejor, un hombre y nada de humo, ya que la pólvora es ahora sin humo...”* (5).

Con la dispersión táctica de las unidades acabó –aunque hubo resistencias- la necesidad de enseñas visibles que sirvieran de punto de referencia para los hombres de cada unidad. Las banderas y otros estandartes desaparecieron de los campos de batalla. Su función práctica cesó y la simbólica alcanzó nuevo valor.

Es imposible saber para cada nación cuál fue la última vez que se emplearon banderas, estandartes o guiones con su función original táctica. El Reglamento Español para el Servicio de Campaña de 1882 todavía preveía que *‘las banderas no se llevarán a la trinchera más que en el caso de que un batallón completo la ocupe... y aún entonces no se desplegarán sino en el momento que expresamente señale el General Comandante del sitio’* (6). La Real Orden de 31 de Diciembre de 1904 reservaba finalmente la bandera a un uso ceremonial.

Oficialmente, la última vez que el ejército británico empleó banderas en el campo de batalla fue en Majuba Hill (Febrero 1881) pero lo cierto es que de manera oficiosa siguieron en uso al menos en la Rebelión de los Boxer en China en 1900-1901. El Teniente Coronel Vaughan, del 7º de Rajputs, expresaba claramente la utilidad de las enseñas incluso en esa fecha tan tardía: *“La práctica británica de no llevar*

(4) Gracias a las invenciones de Christian Friedrich Schönbein primero –inventor del algodón-pólvora en 1846- y sobre todo Paul Vieille, inventor de la pirocelulosa en 1886.

(5) cit. por Haythornthwaite 2000:55.

(6) Manzano (1997:53).

banderas al campo de batalla pudo ser causa de serios problemas en un momento dado. Comenzamos sin banderas pero para cuando llegamos a Pekín el Teniente-General tenía una 'Union Jack', cada escuadrón de caballería tenía una, y la mayoría de los regimientos de infantería llevaban una o dos enrolladas y listas para desplegarse. Eran absolutamente necesarias, tanto para exhibirlas como para prevenir que cualquiera de nuestros aliados nos dispararan, ya que es muy difícil distinguir los amigos cuando van de caqui, incluso a corta distancia; y también para izar la bandera en cualquier puerta o posición capturada por tropas británicas. Si esto no se hacía, las tropas de la siguiente nacionalidad que llegaran izaban rápidamente sus propias banderas. Todos los contingentes extranjeros llevaban sus estandartes [...] Parece probable [decía el Tte. Col. Vaughan, quien sin duda no tenía dotes proféticas] que a no tardar tendremos [los británicos] que llevar a la batalla los estandartes regimentales, o al menos la enseña nacional; británicos, americanos, japoneses, armanes, austríacos y franceses los llevaban en Pekín, a los ocho meses de su llegada; y cuando llegue el día en que los ejércitos enfrentados vistan ambos de caqui, se producirá una alternativa entre dos males; llevar al combate las banderas –con el resultado de atraer el fuego enemigo o o llevarlas –en cuyo caso es casi seguro que nuestros hombres reinirán a menudo fuego amigo” (7).

Entre los americanos, y también en la guerra de los Boxer, al menos el 14 de Noviembre de 1900 el 14º de Infantería llevaba la bandera desplegada en Pekín (8). Incluso en algunos episodios de la I Guerra Mundial parecen haberse empleado estandartes en batalla; algunos regimientos los mantenían en sus cuarteles generales, y en al menos alguna ocasión parecen haberse empleado en combate, sobre todo en 1914. En ese año, los franceses perdieron en acción los estandartes de los regimientos 20e, 250e, 309e y 1er de *Tirailleurs Algeriens* (9).

Pero mucho antes de que estos acontecimientos reflejaran un cambio irreversible en el aspecto del campo de batalla, entre los siglos XIV y XIX, las armas primitivas de pólvora negra habían exigido para ser eficaces una gran densidad de las formaciones de combatientes y el uso de descargas masivas para concentrar una gran cantidad de proyectiles sobre los blancos. Pero esta misma pólvora negra generaba densas nubes de humo que oscurecían el campo de batalla, en ocasiones limitando drásticamente la visibilidad a corta y larga distancia. Como indicaba un veterano de la guerra zulú de 1879, George Mossop: (10) “*Estábamos armados con rifles Martini-Henry, con cargas de pólvora negra. Cada disparo creaba una nube de humo: se hizo tan denso que casi nos asfixiábamos... y simplemente disparábamos a ciegas. Todo era un continuo rugido de cañones, rifles y gritos de hombres de ambos bandos. El humo impedía cualquier visión. Hacía que cada hombre sintiera que todo lo que podía hacer era disparar inmediatamente a su frente... y no preocuparse de lo que ocurriera a sus lados*”.

En este contexto, o en el de las guerras napoleónicas, o en el de las campañas europeas de los siglos XVI y XVII, los tercios, batallones, regimientos y escuadrones necesitaban señales visibles de inmediato, complementarias a las auditivas –cornetas, tambores- que sirvieran de referencia a las tropas; el número creciente de armas de fuego exigió que en muchos casos las enseñas adquirieran dimensiones muy grandes para asegurar su visibilidad. De ahí que algunas de las banderas de los siglos XVII al XIX llegaran a ser casi inmanejables. Por ejemplo, en 1589 Juan de Alcega especificaba que las banderas de guerra españolas tendrían tejido de 3,34 por 3,76 metros; y dimensiones similares se documentan a lo largo del siglo siguiente. A lo largo del s. XVIII eran normales las banderas de más de dos metros de lado. Sólo desde las Ordenanzas de 1762 se regulan banderas para los batallones de 1,46 m. de lado, dimensiones empleadas también a principios del s. XIX (11). Las cosas llegaron a un extremo tal que desde el s. XVIII hubo una clara tendencia a la reducción de tamaño (12), que sin embargo no se extendió a todos los países (13).

A lo largo de todo este periodo, desde la Edad Media y hasta el s. XIX, se multiplicaron los tipos de enseña y de bandera –heráldica, monárquica, nacional, regimental-, con muchísimas variantes formales –banderas, banderines, guiones, estandartes- con funciones cada vez más simbólicas. La Vexilología se convirtió con este proceso en una especialidad compleja, con su metodología y vocabulario específico (14). Aquí nos ocuparemos de sus raíces remotas, que, como su mismo nombre indica, nos llevan a época romana y aún más allá.

(7) Lt.Col. Vaughan, *St George and the Chinese dragon*, Edgware, Alexius. 2000 .ed. or. 1908 (M. Blake, com. pers.).

(8) Joseph McMillan, com. pers.; vid. <http://1-14th.com/OpPekingAAR.htm>.

(9) Ian Summer, com. pers.

(10) Sus notas fueron recopiladas y publicadas a su muerte en *Running the Gauntlet* (Nelson, 1937). Sobre el humo en el campo de batalla entre los siglos XVI y XIX, ver además Hughes (1997:64; 108-109. En especial para época napoleónica, Nosworthy (1995:32, 210 y passim; Keegan 1976:140 ss.); también multitud de referencias contemporáneas en Holmes 2004:73, 320 y passim); para la Guerra de Secesión americana, Griffith (1989:16-17;89).

(11) Ver al respecto, por ejemplo, Manzano (1997:39 ss.).

(12) Por ejemplo en España, Manzano (1997:51 ss.).

(13) Por ejemplo, durante las guerras napoleónicas las banderas británicas (dos por batallón, regimental y del Rey) medían 198 por 183 cm. (6 pies y 6 pulgadas por 6 pies). Las austríacas de modelo 1806 medían 176 x 140 cm.; las rusas eran menores, de 142 cm. de lado, como las prusianas (aprox. 140 cm.). Las banderas francesas, mucho menos importantes que las águilas propiamente dichas, no se llevaban en batalla y medían sólo 80x80 cm. –modelo 1812-. Ver el buen sitio de Internet: <http://www.callnetuk.com/home/alanpendlebury/index.htm>

(14) En internet, <http://www.crwflags.com/fotw/flags/>; <http://www.vexilologia.org/>.



Figura 2. Momento de la batalla de Gaugamela según la película 'Alejandro' de Oliver Stone (2005), una de las películas más cuidadas en los aspectos militares de todas las del género de 'peplum' o mejor 'swords and sandals'. Las nubes de polvo limitan enormemente la visibilidad, sobre todo para los hombres de las líneas posteriores de la falange. Se aprecia al fondo un estandarte persa.

LA NECESIDAD TÁCTICA DE LAS SEÑALES VISUALES Y AUDITIVAS DESDE LA ANTIGÜEDAD

Muchos siglos antes de la aparición de las armas de fuego, se habían producido ya las mismas necesidades que habían hecho imprescindibles las banderas y estandartes, banderines y guiones de la Edad de la Pólvora: mando, control y comunicación. La única diferencia es que en lugar del humo de la pólvora y el ruido de los disparos las interferencias se debían a las nubes de polvo y a los gritos de los y movimientos de hombres, caballos y vehículos de ruedas. Y estas necesidades llegan hasta la Edad del Bronce, muchos siglos antes, milenios incluso, de que se fundara una pequeña aldea llamada Roma.

También la guerra con armas blancas exige una elevada densidad física de los hombres, tanto si se emplean armas arrojadas —hondas, arcos, jabalinas, *pila*— como si se combate con armas empuñadas; las razones son similares a las que exigen la concentración de mosquetes y arcabuces y de bayonetas, esto es, optimizar el efecto de las armas. Al menos desde los tiempos de Sumer a mediados del III milenio a.C. se documentan formaciones de tipo de falange compacta, que perdurarían milenios. Estas masas de hombres —a veces unos cientos, pero muy a menudo, y con frecuencia creciente, decenas de miles de hombres por bando— levantaban grandes nubes de polvo al maniobrar en los secos campos de la estación veraniega en la que habitualmente se luchaba.

Protegidos por cascos que limitaban la visión y la audición, cegados por el polvo y el sol, ensordecidos por el tumulto y los gritos, los guerreros y soldados a menudo perdían la orientación y eran incapaces de entender y obedecer las órdenes: "*César [Tito] indicaba con la voz y con su mano derecha a los combatientes que apagarán el fuego, pero ellos, con los oídos aturdidos por un ruido aún mayor, no oyeron sus palabras ni prestaron atención a las señales de su mano...*" (Josefo, Guerra de los Judíos 6,256, trad. J.M. Nieto).

Si bien en la Antigüedad no se producían las espesas nubes de humo de pólvora que hemos mencionado, las de polvo podían ser también muy densas, sobre todo dado que era primavera-verano el periodo de campaña: "*Igualmente muda y común es la señal del polvo que levantan las tropas en marcha como si fueran nubes...*" (Vegecio 3,5,11) (15). Además del humo, el polvo levantado por decenas de miles de pies y patas era un problema también en época moderna, para la que tenemos mejor información documental. Un caso extremo es el que ocurrió el 6 de Mayo de 1757 durante la batalla de Praga, cuando el coronel Warnery se encontró en medio de una nube de polvo causada por sus propios caballos: "*Me ocurrió un suceso muy extraordinario en esta batalla, en la segunda carga... se levantó la mayor nube de polvo que nunca he visto; era imposible ver la cabeza del caballo que montaba. Ordené una variación a la izquierda; luego ordené tocar a reunión; un trompeta obedeció, a cuatro yardas de mi posición [casi cuatro metros]. Mis húsares se acercaron, y cuando se levantó el polvo me encontré con que el corneta que había obedecido mi orden pertenecía al enemigo. De esto puede deducirse en que confusión estábamos...*" (16). Es una anécdota conocida que Robin Lane Fox, profesor de Oxford autor de una voluminosa monografía sobre Alejandro Magno, actuó como figurante en la película de Oliver Stone, exigiendo sólo aparecer como extra entre la caballería de los '*Compañeros*'. Experto cazador de zorro, Lane Fox no tuvo problemas en montar sin estribo ni silla y rodar todas las cargas de las batallas, aprovechando para abordar en la práctica viejas cuestiones de la investigación.

(15) Aparte del problema de visibilidad que plantean, las nubes de polvo anuncian la llegada del enemigo y en ocasiones pueden ser empleadas como argucia militar —algunas de las fuentes para Cannas, posiblemente interpolaciones, así lo dicen— (ver Bolich, 2004). Frontino (Strat. 4, 7, 20) narra como el rey helenístico Ptolomeo ató ramas a las monturas de su exigua caballería para engañar a su enemigo sobre su número real, por la gran nube de polvo levantada.

(16) Cit. por Nosworthy (1995:211).

Una de las cosas que tiene que decir es que, incluso en una película donde el número de combatientes es exponencialmente menor que en las batallas reales, *“En una nube de polvo, los caballos están tan nerviosos como los hombres; es además imposible para un jinete diez pasos tras su jefe verle cuando ordena un cambio de frente”* (17). Desde que –también ya en la Edad de Bronce– muchos ejércitos se hicieron complejos, dotados con unidades de tipos y capacidades diferentes (infantería de línea, infantería ligera, arqueros y honderos, carros o caballería de línea y ligera, etc.), el control táctico se realizó mediante señales auditivas –normalmente instrumentos de viento– (18), y por la presencia de estandartes o insignias; Vegetio, a fines del imperio romano, lo explicó perfectamente: *“Pero los antiguos, que eran conscientes de que en la línea de batalla, una vez entablado el combate, las filas y las líneas se desordenaban y embrollaban rápidamente, para que esto no sucediera, dividieron las cohortes en centurias (sic) y a cada centuria asignaron un estandarte”* (Vegetio 2, 13) [...] *“nada es más provechoso para la victoria que obedecer los avisos de las señales. Puesto que en la confusión de un combate no puede conducirse un ejército sólo con la voz, y como quiera que...hay que ejecutar muchas cosas al mismo tiempo, la práctica antigua de todos los pueblos descubrió de qué manera todo un ejército conociese y ejecutase aquello que un general estimase oportuno mediante señales. Así pues, es cosa sabida que existen tres tipos de señales: las vocales, las semivocales y las mudas... las señales denominadas mudas son las águilas, los dragones, los estandartes, banderines, cimera y las plumas...”* (Vegetio 3, 5). Y finalmente: *“La legión cuenta además con trompetistas (tubicines), cornetas (cornicines) y bocineros (bucinatores). El trompeta llama a los soldados al combate y, a la inversa, toca la retirada. Siempre que tocan las cornetas, a sus señales no obedecen los soldados, sino los estandartes...”* (Vegetio 2, 22, 1) (trad. A.R. Menéndez Argüin). San Isidoro, en sus *Etimologías* (18, 3 s.v. De signis): *“se llaman enseñas de guerra porque de ellas recibe el ejército la señal de luchar y de retirarse tras la victoria... las demás enseñas enarboladas por tropas de unas y otras partes revelan una útil costumbre militar, ya que por medio de ellas puede ser reconocido un ejército en la confusión de los combates”* (19).

Cuenta Flavio Josefo, quien antes de pasarse al bando de Roma luchó contra ella como general judío en Galilea, que cuando vio que la lucha contra las experimentadas legiones era inminente, renunció a tratar de instruir a las tropas, lo que requería tiempo y experiencia. De modo que realizó una lista de prioridades para alcanzar la mayor eficacia posible en breve plazo, y eso, a su juicio, pasaba primero por multiplicar el número de mandos a diversos niveles, para estructurar bien el ejército al modo romano; y en segundo lugar *“también les enseñó a mandarse señales, los toques de corneta para entrar en combate y para retirarse...”* (Josefo, *Bell.lud.* 2,577, trad. J.M. Nieto). Las tres ‘C’ de los ejércitos modernos (*Command, Control & Communications*) eran tan esenciales para Josefo como lo son hoy en día; y en ese mando y control las señales visuales y las auditivas eran decisivas en el campo de batalla antiguo.

Las enseñas tácticas tenían pues funciones bastante concretas y hasta cierto punto elementales, pero también esenciales: servían para alinear la formación, indicar por su movimiento las acciones a seguir por los soldados, y eran puntos de reagrupamiento e identificación. De esto se sigue que las insignias eran propias de unidades tácticas pequeñas o relativamente pequeñas, de entre un centenar y pocos centenares de hombres, aquellos que, agrupados en su torno, podían verla a corta distancia, quizá una veintena de metros de radio como mucho. Se deduce también que en origen las insignias, como dice Vegetio, tenían formas o inscripciones peculiares para ser reconocibles: *“en aquella enseña se inscribía el número de la centuria y la cohorte a la que pertenecía. De este modo, fijándose o leyendo ese estandarte los soldados no se separaban de sus camaradas por muy grande que fuera el desorden”* (Vegetio 2, 13). De este modo, el soldado podía conocer por la posición y el movimiento de la enseña de su unidad la situación táctica elemental, y contar con un punto de referencia reconocible al que seguir y donde reagruparse en caso de crisis o derrota inminente.

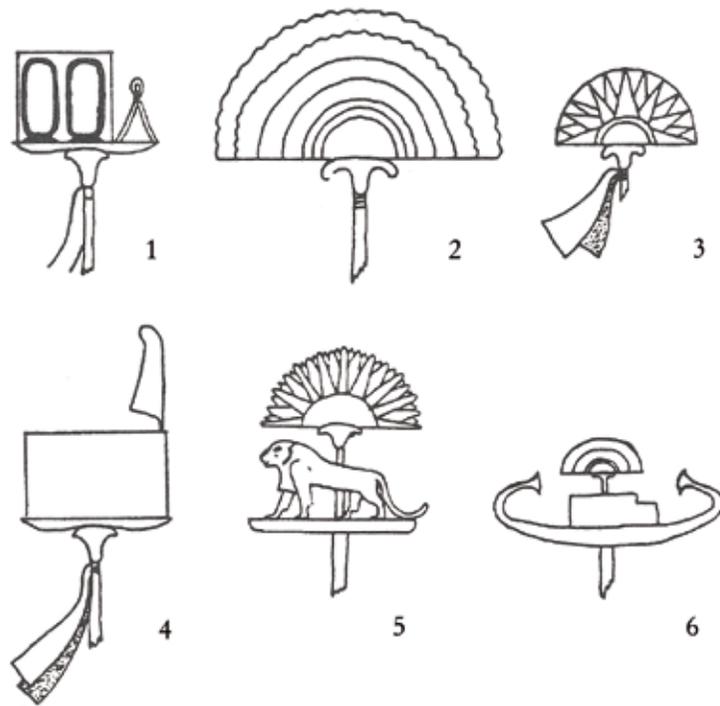
La necesidad de las enseñas perduraría incluso en las supuestamente desordenadas huestes medievales. Los ejércitos carolingios y normandos seguirían empleando estandartes directamente herederos de los romanos imperiales –en particular los *dragones*– y en Castilla y León las *Partidas*

(17) <http://www.timesonline.co.uk/printFriendly/0,,1-7538-1101601-7538,00.html> (consultado el 31/05/04).

(18) Bien documentadas ya desde el antiguo Egipto, como muestran relieves de Kadesh en el templo de Ramses II en Abydos. Ver también, de una tumba tebana, Partridge (2002:Fig. 163).

(19) Sobre el control mediante señales, ver la discusión desde una perspectiva moderna, de Peddie (1994:34 ss.). Sobre las señales auditivas, Le Bohec (2004:68-69)

Figura 3. Estandartes militares egipcios del Reino Nuevo. El número 1, tomado de una tumba de Amarna, lleva dos cartuchos con los nombres de Aton y el signo jeroglífico para 'sa' (unidad militar traducida por 'compañía' o 'regimiento' (signo V17 de la clasificación de A. Gardiner). El número 2 aparece asociado al rey. El 3 es el más frecuente (calcos de N. Stillman y N. Tallis, 1984). El 6 pertenece probablemente a una dotación de marina o de 'infantería de marina' del estilo de las tropas mandadas por Ahmose, hijo de Ebana según su autobiografía de su tumba de El Kab.



de Alfonso X (reg. 1252-1284) dictaminaban casi como lo había hecho Vegecio: *"Ca non solamente se ha de acadillar por palabra, o por mandamiento de los cabdillos, mas aun por señales. E estas son de muchas maneras [...] Mas las mayores señales, e las más conocientes, son las señas o los pendones [...] E estas señas, e pendones, son de muchas maneras"* (2, 23, 12). Es cierto sin embargo que, frente a los razonamientos de Vegecio, el carácter de un ejército medieval se aprecia en las razones que Alfonso X proporciona para las enseñas: *"E todo esto fizieron por dos razones. La una porque mejor guardassen los cavalleros a sus señores. La otra, porque fuessen conocidos, quales fazian bien o mal"*.

Como insignias se usaron básicamente imágenes reconocibles a corta y media distancia, propias de cada ejército e incluso de cada unidad, alzadas sobre una lanza o pértiga, y por tanto visibles por encima del nivel de las cabezas de los combatientes. La mayoría de las insignias antiguas eran astas con un símbolo metálico relativamente reducido en su extremo superior. Con el paso del tiempo, los reyes helenísticos y luego los romanos utilizarían crecientemente una pieza de tela añadida, pequeña primero y luego cada vez mayor, porque es un sistema que proporciona mayor visibilidad y permite bordar o pintar textos simbólicos o identificativos, de unidad o de persona y eventualmente de monarca o de Estado. De ahí al nacimiento de la bandera como símbolo del estado nacional había un paso corto que se dió ya en la Edad Moderna y sobre todo desde el s. XVIII (20).

En las circunstancias que comentamos, portar las enseñas de las unidades se convertía en un riesgo terrible, ya que el enemigo buscaba de capturarlas tanto por su papel práctico como por el simbólico. Por la misma razón ser custodio de las mismas era un gran y buscado honor. Ya desde que tenemos alguna documentación escrita sabemos que las enseñas se entregaban a hombres veteranos, de valor probado, y moralmente dignos, normalmente oficiales de baja graduación pero con amplia experiencia de combate, a menudo extraídos de las filas. Además, las enseñas solían llevar una escolta especial —que todavía hoy se mantiene en todas las paradas militares— dado el riesgo que corrían sus portadores. Así Polibio, que nos ha legado la más detallada descripción de la estructura del ejército romano republicano y tenía él mismo experiencia militar, insiste en que los portaestandartes (*semaiaforos*) de cada manipulo (dos, uno por centuria) fueran hombres vigorosos (6,24,6) dada la importancia de su actuación en la batalla. Por eso mismo, si los portaenseñas flaqueaban, era necesario hacer público escarmiento con ellos.

El rango de portaenseña mantuvo durante toda la Edad Media, Renacimiento y Edad Moderna y Contemporánea la misma mística peculiar. Por ejemplo, en los Tercios españoles, italianos, valones y tudescos de los ss. XVI al XVIII el puesto de Alférez o abanderado era de gran honor, y ello en una época en

(20) A título de ejemplo, y sobre este proceso en el caso de España, ver O'Donnell (2000:238 ss.).

(21) Sobre la cuestión, con abundantes citas de fuentes contemporáneas, Albí (1999:62 ss.); Manzano (1997:71 ss.); O'Donnell (2000:237 ss.).

(22) Cit. por Manzano (1997:18).



Figura 4. Casco corintio arcaico, probablemente del s. VII a.C., hallado en el río Guadalete (Cádiz). La limitada visión y audición de este modelo de casco, diseñado para una lucha frontal cuerpo a cuerpo dentro de la formación de la falange, limitaría severamente la posibilidad de ver u oír señales una vez entablada la batalla. Museo de Jerez de la Frontera (Cádiz).



Figura 5. Detalle del medallón central de una copa ática de Figuras Rojas del pintor Duris, hacia el 490-480 a.C., poco después de la batalla de Maratón. Un hoplita griego derriba a un portaestandarte persa. Museo del Louvre (según D. Head).

que las banderas eran una por compañía –y el Tercio solía tener más de diez- y de carácter táctico, con el emblema en ellas bordado elección de cada capitán. De hecho, en el Tercio ‘bandera’ y ‘compañía’ se convirtieron en términos casi intercambiables (21). Todavía en 1749, el Diccionario Militar de D. Raimundo Sanz decía *“El Alférez de Infantería... en cualquier puesto que se halle, debe primeramente morir, que abandonar su bandera”* (22).

En cualquier ejército la mística de la enseña es similar. Todavía hoy el *Queen’s Regiment* británico, que conserva las tradiciones del viejo *3rd Foot* (*The Buffs*) coloca en el centro de la Mesa de comedor regimental un enorme centro de plata, el *Latham’s centerpiece*, que conmemora una de esas historias tradicionales de valor trágico. En este caso, se refiere a un episodio de la batalla de Albuera, librada en este municipio de Badajoz el 16 de Mayo de 1811 durante la Guerra de Independencia. El teniente Latham, al ver caer al portaenseña del estandarte real (*King’s colour*), lo tomó y protegió a pesar de recibir un terrible sablazo en la cara y otro que le amputó en brazo izquierdo, amén de numerosos lanzazos. Pese a ello, consiguió salvar la bandera y, caído, esconderla con su cuerpo hasta ser rescatado. Sobrevivió milagrosamente a las heridas y, ascendido, se convirtió en un modelo y héroe –mutilado- para todo el ejército, incluso hasta el día de hoy.

TIPOS DE ESTANDARTES MILITARES

En los campos de batalla, desde la Antigüedad y hasta mediados del s. XIX, convivieron tres tipos diferentes de enseñas. Las más numerosas son las insignias tácticas, propias de las pequeñas unidades. Pero existen también insignias asociadas a unidades mayores, que suelen tener un valor simbólico mayor, y que simbolizan bien el espíritu de la unidad, bien un credo religioso –una Cruz o un estandarte papal cristiano. Suelen proceder de una de las enseñas tácticas que adquiere preeminencia. Es el caso por ejemplo del águila de la legión, única para cada gran unidad, asociada a Júpiter, a la Legión, y a la propia Roma, pero de escaso o nulo valor táctico.

En tercer lugar, en casi todos los ejércitos antiguos, medievales y modernos existían estandartes personales, heráldicos, que identificaban al rey en el campo de batalla –caso del estandarte real persa descrito por Jenofonte (*Anabasis* 1,10,12) bien confirmado por la iconografía- e incluso a los nobles principales. En la descomposición del concepto de Estado subsiguiente al colapso del Imperio Romano de Occidente estas enseñas personales serían las únicas que realmente sobrevivirían (23), cediendo eventualmente la primacía y luego la exclusividad a los estandartes reales, que a su vez se fueron poco a poco identificando con el símbolo de los Estados que se iban reconstruyendo, llegando finalmente a su transformación en, o su sustitución por, las banderas nacionales (24). Pero los estandartes personales reaparecieron en el campo de batalla en fechas muy tardías por razones puramente prácticas. Es el caso de la Guerra de Secesión americana, donde había banderas que identificaban desde lejos a los generales

(23) *Mucho más adelante en el tiempo, es el caso de la Bandera Coronela del Tercio –que era la de la compañía que mandaba el comandante del mismo, por tanto principal de entre las doce o trece que el Tercio llevaba al combate-; y finalmente de la enseña real -y luego nacional- que acaba sustituyendo en España a la Coronela desde Felipe V. En algunos ejércitos, como el británico, todavía hoy se mantiene la dualidad primitiva y se conserva la bandera del Rey (identificada con la enseña nacional) y la regimental (ver Holmes 2004:46).*

(24) O. Donnell (2000).

(25) Katcher, Scollins (2000). *Las banderines que identifican el rango en los coches oficiales modernos, y los gallardetes navales que identifican buques insignia son últimos restos de este tipo de estandarte, originalmente de valor también práctico.*



Figura 6. A la izquierda, posible enseña tallada, junto con otras armas amontonadas, sobre un relieve de Pérgamo conmemorativo de una victoria de Eumenes II (197-158 a.C.) sobre los Gálatas. La escultura procede de la zona del templo de Atenea en la acrópolis pergaménica. Museo de Berlín. Podría tratarse de un estandarte celta capturado, ya que en un relieve celta del s. III a.C. hallado en Bormio (norte de Italia) aparece un guerrero con una enseña relativamente similar. Museo de Pergamo (Berlín) (foto autor).

jefes de Cuerpo, como ayuda visual para los ADCs (ayudas de campo) que recorrían el campo de batalla con despachos y órdenes. Los símbolos de estas banderas eran puramente arbitrarios, como la esfera del I Cuerpo, el trébol del II o el rombo del III, todas adoptadas por orden del 21 de Marzo de 1863 (25). Aunque es un caso crepuscular, ejemplifica claramente la necesidad que a lo largo de toda la guerra con arma blanca y pólvora negra había existido de las enseñas personales.

En síntesis, los estandartes militares eran, en la marcha, en el campamento y sobre todo en la batalla, elementos visibles utilizados para localizar con facilidad la ubicación de la unidad, y para recibir instrucciones y órdenes. A partir de ahí se convirtieron en puntos de referencia también psicológicos, algo que el soldado en campaña siempre ha necesitado. En consecuencia, la integridad del estandarte equivalía en batalla a la prueba tangible de que la unidad seguía existiendo, de que el soldado o guerrero seguía contando con un punto de referencia. El estandarte se convertía así en la encarnación tangible de la solidez intangible, moral, del conjunto de hombres que combatían a su alrededor. De ahí a que los soldados, siempre supersticiosos, llegaran a considerar las insignias como encarnación del espíritu de la unidad, con valor incluso religioso, hay un paso que se dio, por ejemplo, en Roma. En este último caso, la aparición del culto imperial impulsó la aparición de nuevas insignias, en especial la *imago* del emperador, que eran en sí mismas objetos sacros, así como la adición de imágenes del emperador reinante -de quita y pon- en los estandartes de las cohortes pretorianas, la Guardia Imperial. También en Roma, el águila de las legiones acabó encarnando no solo el *numen* de la unidad sino, en cierto modo, el espíritu de la propia Roma.

En tales condiciones, la necesidad de conservar y proteger las insignias pasa de ser un requisito deseable en la batalla a convertirse en un imperativo moral, que afecta a no sólo la autoestima de todos y cada uno de los miembros de la unidad -no sólo del portaestandarte-, sino a la misma esencia de la unidad, algo intangible pero perfectamente real para el soldado. La pérdida de las enseñas equivale a la del espíritu de la unidad, a la destrucción de su moral; si es deshonrosa, o incluso si no lo es, esta pérdida puede incluso acarrear la disolución de un conjunto de hombres que han perdido la fibra moral que les mantenía unidos. Por consiguiente, y aplicando la inversa, la captura de las enseñas del enemigo se convierte en objetivo importante en sí mismo, y en particular la toma de las más importantes (no las enseñas tácticas menores), esto es, las heráldicas del monarca enemigo, las enseñas nacionales cuando existen, y las que son propias y únicas de cada gran unidad, como el águila legionaria. Eventualmente la captura de estas enseñas pueda causar una severa desmoralización en el enemigo e incluso su colapso y desbandada... aunque también puede provocar el efecto contrario, una agresiva y desesperada carga para recuperar el objeto -y el honor- perdidos.

LOS PRIMEROS ESTANDARTES MILITARES: DE LA EDAD DEL BRONCE A LAS GUERRAS PÚNICAS

Egipto

Ya en el antiguo Egipto existieron enseñas militares diferentes para distintas unidades. Aunque aparecen estandartes ya en el Reino Antiguo, e incluso en la cerámica prehistórica de Nagada parecen sobre todo

(26) *Sobre la figura del portaestandarte, ver Schulman (1964, pp. 69 ss.). Recuerda que además de la plausible -pero no cierta- función de llevar el estandarte en batalla, parece haber sido comandante de tropas, responsable de reclutamiento e incluso con funciones judiciales. Esra pues un oficial de rango medio.*

(27) *La obra de referencia sobre estandartes militares egipcios sigue siendo Faulkner (1941). Ver además Stillman, Tallis (1984:108-110). Breves y poco concretos McDermott (2004:117), Partridge (2002:91-92); Martínez Babón (2003:131).*

(28) *Anderson (1970:82-83)*

(29) *Sobre señales ver entre otros Lazenby (2004). Para el mundo romano, Woolliscroft (2004). pero se trata de otro tema completamente diferente al de las enseñas, aunque se usaran banderas.*



Figura 7. Cartago. Estandarte de disco y creciente cerca de la proa de un barco de guerra cartaginés. Sobre una estela del tophet de Cartago. Un jinete con casco representado en otra estela —el llamado 'Marte púnico' porta una enseña similar. Hacia el s. III a.C. (según I Fenici, 1988).

asociadas a la figura del faraón. No es hasta el Reino Nuevo, a partir del 1540 a.C. cuando numerosas inscripciones demuestran la existencia de un tipo de oficial portaestandarte, el *ta seryt*, asociado normalmente a un tipo de unidad militar que A. Schulman considera una 'compañía' o 'regimiento' (*sa*) de hasta 250 hombres, quizá la unidad mínima con enseña propia (26). Los estandartes primitivos a menudo muestran animales, con seguridad de origen totémico prehistórico. Un curioso texto de Diodoro de Sicilia trata de explicar las razones por las que los egipcios, para desconcierto de griegos, veneraban a los animales, los momificaban y evitaban matarlos. Y esto es lo que dice Diodoro que los egipcios le contaron: "Y dicen como segunda causa que los de Egipto, que antiguamente resultaban vencidos en muchas batallas por sus vecinos a causa del desorden del ejército, idearon llevar un signo delante de las formaciones. Afirman, pues, que los jefes, después de construir las imágenes de los animales que ahora honran y de fijarlas sobre varas, las sostuvieron y, de esa manera, cada uno conocía de qué formación era; y, como contribuyera grandemente a la victoria la buena formación conseguida mediante éstos, creyeron que los animales habían sido los causantes de la salvación; y los hombres, para darles las gracias, dispusieron, pues, como hábito, no matar nunca ninguno de los entonces representados, sino asignarles el cuidado y honra antes citados, venerándolos". (Diod. Sic. 1,86,4-5, trad. F. Parreu). Nos encontramos ante una típicamente helena actitud de explicación *post facto*, que casi con seguridad invierte el orden los factores asegurando que en origen los animales eran simplemente imágenes que vinieron a ser adoradas porque proporcionaron la victoria a los egipcios; probablemente en las nieblas de la Protohistoria las cosas sucedieron en orden inverso. Pero al menos el texto es muy significativo de cómo un hombre culto en el Mediterráneo antiguo entendía la función de las insignias y la necesidad de mantener formaciones ordenadas, y no turbas armadas, en el campo de batalla.

En el Reino Nuevo, además de estandartes en forma de animales (leones, aves) abundan las representaciones de enseñas en forma de abanico semicircular (es el más común, su forma es la empleada para el signo determinativo jeroglífico para 'estandarte'), decorados con *corbatas* o tiras de tela (27). También existían estandartes para cada uno de los cuerpos de ejército (de dos a cuatro según la época); el estandarte del cuerpo de ejército colocado bajo a protección de Amon era, predeciblemente, una cabeza de carnero coronada por un disco solar sobre un astil, y se llevaba en carro.

Grecia arcaica y clásica

Es significativo que el mundo griego de época arcaica y clásica no empleara, hasta donde sabemos, enseñas militares, probablemente porque no eran necesarias dado el reducido tamaño de los ejércitos y la simplicidad de las tácticas de la falange hoplita, basadas en el choque frontal sin apenas intervención efectiva de infantería ligera o caballería, al menos una vez trabada la batalla principal. Ni siquiera Espar-

(30) Trad. del inglés, D. Fairbanks, Loeb Class. Library.

(31) Ver Devine (1989:32-33).

(32) Anderson (1970:83).

(33) Karunanithy (2006).

(34) Reinach s.v. *signa*, 1309.

(35) *Ibidem* (2006, p. 5, Fig. 1)

(36) *exercitu uero Pyrrhi XX milia prostrata sunt. regis signa ablata LIII, Romanorum undecim amissa sunt*



Figura 8. Portaestandarte celta con gran escudo y casco de tipo Negau sosteniendo un estandarte. Estela hallada en Bormio (norte de Italia). Siglos V-III a.C. Museo Civico de Como.

ta, que contaba con el ejército más profesionalizado de Grecia, parece haberlas empleado (28). Cuando surgía la necesidad –por ejemplo si había que coordinar la actuación de unidades separadas-, se usaron estandartes de circunstancias para actuar como señales, caso de un casco alzado sobre una lanza (Polieno 2, 5,2) o una bandera roja o blanca (Polibio 2,66,11; Plutarco, *Filopemen* 6) (29).

El imperio persa aqueménida

Y sin embargo, los griegos sabían del uso regular de estandartes por parte de los persas; Jenofonte menciona el estandarte real aqueménida (un disco alado) en la batalla de Cunaxa (*Anabasis* 1,10-12), y la cerámica griega de Figuras Rojas a menudo muestra tropas persas con enseñas, como una curiosa placa cuadrada dividida por un aspa en cuatro triángulos, que no parece un estandarte real o nobiliario. En cambio, Jenofonte manifiesta conocer personalmente el estandarte personal del Gran Rey, ya mencionado: “Aquí se detuvieron los griegos [...] Decían ver la enseña real: una especie de águila de oro, con las alas desplegadas, en la punta de una lanza” (Jenofonte, *Anabasis* 110,12, trad. R. Bach). La descripción, aparte de por la propia iconografía persa, es confirmada por Filostrato el Viejo: “Aquí están los Medos y el centro de Babilonia, y la insignia real, el águila dorada sobre el escudo [pelta]” (*Imágenes, Themistocles* 2,31) (30). Probablemente Filóstrato (fl. s III d.C.) confundió en la distancia el disco solar con la imagen de un escudo ‘pelta’.

En su *Ciropedia* el mismo Jenofonte parece haber reflexionado sobre la utilidad de las insignias, sobre todo para alinear la formación en el avance, servir de referencia para reagrupar las tropas y como indicación de la posición del mando: “El estandarte tenía un águila de oro con las alas desplegadas sobre una larga lanza –todavía en la actualidad este estandarte del rey de Persia se conserva” (Jenofonte *Ciropedia* 7,1,4); “El portador de equipo del taxiarco iba en primera posición portando un estandarte conocido por todos los componentes de su compañía, de suerte que marchaban en un orden compacto” (Jenofonte, *Ciropedia* 6,3,4, trad. A. Vegas) Así, más adelante, su novela presenta estandartes plantados en todas las tiendas de los oficiales para facilitar su localización (*Ciropedia* 8,5,13): “Todos los comandantes tenían enseñas en sus tiendas... los ayudantes de campo de Ciro conocían las posiciones dentro del campamento de los comandantes y sabían la enseña de cada uno...”.

Alejandro y los reinos helenísticos

Durante mucho tiempo se ha sostenido que tampoco los ejércitos macedónicos de Alejandro y helenísticos emplearon estandartes (*semeia*), pese a que el manual de *Táctica* de Asclepiodoto los menciona expresamente (2,9) y también Eliano (*Taktike theoria* 9.4) y Arriano (*Táctica*, 2.9). Así por ejemplo Eliano

(37) Ver ilustración de la estela en *Fantar* (2001:141).

(38) En principio el término *caduceo*, de origen griego (*kerykeion*) es una vara de olivo adornada con guirnaldas, que llevaban los heraldos y emisarios. Al ser Hermes/Mercurio el mensajero de los dioses, se le atribuyó el *caduceo*. Las alas y serpientes que adornan el *caduceo* en determinadas representaciones aluden a un episodio de la vida de este dios. Pero en sentido lato el *caduceo* es una vara de heraldo ornamentada.

(39) Moscati (ed.) *I Fenici* (1988:558, dibujo de la pieza entera); Medas (2000:Fig., 52, foto de detalle).

(40) Medas (2000:147)

(41) “cum in classem hostium transilisset, disturbatis ex ea Poenis eorumque armis et insignibus inter suos distributis multas naves hostium, quos sociale habitu fefellerat, mersit”.

escribe: " *Dos taxeis se agrupan en un syntagma, 16 lochoi, 256 hombres y el comandante de esta unidad se llama syntagmatarca... y a cada syntagma de 256 hombres pertenecen cinco supernumerarios: un portaestandarte, un cierra-fila, un trompeta, un ayuda de campo y un heraldo*". Ciertamente que Asclepiodoto es una fuente relativamente tardía (s. I a.C.), lo mismo que Claudio Eliano (principios del s. II d.C., c. 106-113 d.C.) y Arriano (c. 136 d.C.), y que unos autores beben de otros, pero la fuente original quizá se remonta nada menos que a Polibio, autor sin duda fiable (31). J.K. Anderson por ejemplo creyó que los escritores griegos propusieron retroactivamente de manera teórica para los ejércitos helenísticos una práctica real de los romanos (32). Sin embargo, trabajos recientes (33) vienen a insistir en que algunos textos -aparte de los tácticos tardíos citados- mencionan estandartes, y no sólo personales del rey como quería Reinach (34). Es el caso de una referencia explícita de Arriano al estandarte de una unidad de los Compañeros, diseñado por Hefestión: " *Alejandro nunca nombró a ningún otro quiliarco en sustitución de Hefestión al mando de la caballería de los Compañeros, a fin de que el nombre de Hefestión se conservara siempre en su batallón; la quiliarquía se llamó 'de Hefestión' y el estandarte que la precedía en la marcha era el diseñado por Hefestión*" (Arriano, *Anab.* 7, 14, 10, trad. A. Guzmán). Hay además alguna evidencia iconográfica que indica que, probablemente por influencia persa, los ejércitos de los reinos helenísticos emplearon no sólo señales fijas sobre postes en los campamentos (empleadas desde mucho antes), sino estandartes de unidad rígidos al modo de los aqueménidas (como la enseña representada en una placa de bronce incisa de Pérgamo) (35) o similares a los *vexilla* romanos que quizá tuvieron directa influencia helenística. De hecho, Livio menciona constantemente estandartes capturados, incluso criticando a Valerio Antias por exagerar en sus obras el número de las capturas: " *De creer a Valerio, que aumenta todas las cifras de manera exagerada, aquel día... [en Cinoscefalos, 197 a.C.] se capturaron doscientas cuarenta y nueve enseñas militares*" (Livio 33, 10, 8). Pero otras cifras, como las 27 enseñas capturadas en Falana (171 a.C.) (Livio 42, 66, 10) son perfectamente verosímiles. También Orosio, aunque por supuesto es peor fuente por su distancia en el tiempo, afirma que Pirro de Epiro perdió 53 insignias ante los romanos en *Asculum* (Orosio, *Adv. Pag.* 4, 1, 22), aunque no sin coste para éstos (36).

Más problemática es la que probablemente sea la más espectacular representación helenística de un estandarte. Nos referimos a la que aparece tallada en relieve, junto con otras armas amontonadas, sobre un relieve de Pérgamo conmemorativo de una victoria de Eumenes II (197-158 a.C.) sobre los gálatas. La escultura procede de la zona del templo de Atenea en la acrópolis pergamenica, y se encuentra ahora depositada en el *Pergamon Museum* de Berlín. La enseña, como otras de las armas representadas, podría ser del ejército atálica, sin embargo, su parecido con la enseña reproducida en el relieve celtoitalico de Bormio, en el norte de Italia, hace que pueda plantearse la hipótesis de que se trate de una enseña capturada a los gálatas... aunque cómo éstos ya llevaban tiempo moviéndose por territorio macedonio y griego, la transmisión bien pudiera haber sido la inversa.

Los estandartes de Cartago

Los cartagineses - (que al menos desde la Primera Guerra Púnica a mediados del s. III a.C. recibieron una fuerte influencia militar griega, 'importando' incluso generales como Jantipo), probablemente emplearon también estandartes, según se aprecia en la llamada estela 'del Marte Púnico' (37), imagen fragmentaria hallada en el llamado 'tophet de Salambó' y datable entre los siglos IV-III a.C., que presenta un jinete a la izquierda con casco (quizá del tipo 'Montefortino' aunque la figura es demasiado esquemática para asegurarlo) y una enseña sobre el hombro, inclinada, con corbatas de tela. Aunque recientemente M. Fantar, que tiende a identificar ésta y otras imágenes como posibles representaciones de una divinidad de carácter guerrero, quizá el mismo Eshmun, afirma sobre el objeto que es ' *un motivo cuya significación precisa requiere investigación*'.

Un estandarte de aspecto similar, identificado a veces con un 'caduceo con disco y creciente lunar' aparece sobre la cubierta, cerca de la proa de un barco de guerra en una estela del 'tophet' de Cartago (38). Stefano Medas considera sin embargo (40) que es un estandarte propio de la nave con carácter

(42) Los trabajos más completos y detallados sobre esta cuestión son los de Pastor Exiarch (1998 y 2004). Ver además Almagro, Torres (1999:96 ss.) y Almagro (1997).

(43) Almagro, Lorrio (1997)

(44) Méliida et al. (1924, 30, lám. 8.1)

(45) Pro Pastor (1998:39; 2004:1472); Jimeno et al. 2004:167-170).

(46) Lorrio, Almagro (2004-2005).

(47) Guadan (1979:81 y Fig. 34). Pero la insignia puede ser más romana que indígena. Villaronga además no lo considera un topónimo sino un *np* (nombre personal), y ubica la ceca definitivamente entre las acuñaciones de la Narbonense, en concreto del Hérault Occidental (Villaronga 1994:439) con fecha -discutible, podría ser posterior- de finales del s. II a.C.

(48) Muy discutible, quizá sea un cetro o bastón (así, Guadan 1979:87-88 y Fig. 42). Contra, argumentando una inexistente 'casi unanimidad', Pastor (2004:1446-1448).

(49) Discusión en Pastor (1004:1450 ss.).



Figura 9. Grabado del artista italiano Bartolomeo Pinelli (1781-1835) representando la delimitación del pomerium de Roma por Romulo, mediante un arado tirado por bueyes. Entre los múltiples anacronismos se aprecia la imagen del águila coronando un asta, con una iconografía muy similar al de las *aigles* del ejército de Napoleón I. Aún asociada a Jupiter desde muy antiguo, el desarrollo del águila como insignia romana es muy posterior al s. VIII a.C.

de mascarón, apotropaico, similar al pateco que según Herodoto (3,37,2) protegía las naves fenicias. La similitud con el estandarte del 'Marte púnico', sin embargo, permitiría otra identificación como posible estandarte militar, quizá de carácter divino/nacional. Frontino (*Strat.* 4,7,13) menciona que Marco Porcio Catón capturó al abordaje en una ocasión barcos cartagineses y distribuyó entre sus hombres las armas e insignias capturadas, para con ellas engañar a los enemigos y hundirles más barcos (41).

Enseñas de los bárbaros de Occidente

También los pueblos 'bárbaros' utilizaron las enseñas militares. Por ejemplo, las fuentes literarias romanas, y en especial Tito Livio (por ejemplo 25, 33; 29, 2; 31, 49, 7; 34, 20; 39,31,14; 40,33,4-6), mencionan específicamente en varias ocasiones los *signa militaria* empleados en batalla por los Iberos o Celtíberos, o capturados a los Celtíberos (42). Las fuentes atribuyen a las insignias celtibéricas e ibéricas funciones similares a las ya mencionadas, especialmente como punto de referencia y reunión en la batalla: "*la misma circunstancia que les impidió resistir y entablar combate —el hecho de no marchar en una sola columna ni agrupados en torno a las enseñas- fue la salvación para una gran parte por medio de la huida...*" (Livio 40,33, trad.J.A. Villar); e incluso tropas veteranas eran capaces de deducir, por las oscilaciones de las enseñas en la lejanía, la indecisión de una tropa desmoralizada; fue el caso de la gran batalla del 205 a.C. en que los ilergetes de Indibil fueron vencidos, y sus líneas estandartes comenzaron a oscilar, signo de que los hombres vacilaban, la moral caía y la línea flaqueaba (*fluctuantia signa*, Livio 29,2).

No sabemos el aspecto que tuvieron estos estandartes prerromanos, pese a que se han querido interpretar como insignias de caballería celtibérica -*signa equitum*- militares o de carácter ceremonial- algunas piezas celtibéricas en forma de doble prótomo o cabeza de caballo (43), que a nuestro modo de ver son demasiado pequeñas —en torno a los 10-13 cm. de alto- y demasiado minuciosas en su decoración en miniatura como para ser enseñas militares. Además, el ejemplar hallado en Numancia todavía con su astil de madera de 150 cm. (44) apunta más hacia un báculo, cetro o bastón (45) que a un estandarte de caballería que ha de ser llevado en alto para ser visible. Probablemente nos hallamos pues ante 'insignias de rango (cetros)', o bastones ceremoniales como los mencionados por Apiano: "*Los nergobirgenses... enviaron un heraldo revestido de una piel de lobo en lugar del bastón de heraldo [kerukeion] y solicitaron el perdón...*" (Apiano, *Iber.* 48, trad. A. Sancho). En fechas muy recientes se ha demostrado brillantemente (46) que el famoso jinete de La Bastida de les Alcuses no es un exvoto sino que forma parte de una serie creciente de remates en forma de jinetes armados en bronce de muy pequeño tamaño —menores incluso que los celtibéricos-. A partir de ello se ha propuesto que, como en el caso de la Celtiberia, estas pequeñas figuritas sean parte de *signa equitum*. Como en el caso anterior, no creemos en el carácter de 'enseña' o estandarte de estas piezas, sino más bien en su función como vara o bastón ceremonial, *signum*

(50) *petunt, collatis militaribus signis, quo more eorum gravissima caerimonia continetur, ne factio initio belli ab reliquis deserantur...*

(51) El verso correspondiente de Aen. "*disiectique duces desolatique manipuli*", i.e. dispersos los oficiales y abandonadas las compañías...

(52) Renel (1903).

en el sentido amplio y no estricto de la palabra, y desde luego a nuestro juicio sin las diversas funciones militares que hemos resumido antes.

Enorme dificultad –por no hablar de la cuestión cronológica y de los préstamos iconográficos romanos- encierra la identificación de estandartes en el diminuto campo iconográfico de las monedas peninsulares, pero no cabe duda de la aparición de algunos, como el cuadrúpedo sobre un astil de la ceca de *Kurukuruatin* (47) –probablemente más romano que indígena y más francesa que peninsular- o la figura menos identificable (que recuerda a los estandartes púnicos, quizá caduceos también, pero que podría ser un caduceo o bastón) en las de *Seteiskan* (48). No creemos que pueda identificarse como estandarte el ave de *Sekaisa* (49).

Varios relieves y acuñaciones monetales galos muestran también portaestandartes, y su existencia queda confirmada por un texto de César referido a los carnuntos, quienes juraban ante sus estandartes militares, ceremonia que suponía establecer el más sagrado de los compromisos: “*Los Carnuntos declaran... y exigen que se les haga promesa y juramento solemne ante los estandartes militares –modo en el que hacen sus ceremonias más sagradas- que no serán abandonados por el resto de los Galos cuando comiencen la guerra*”. (*Bell. Gal. 7, 2*) (50).

EL ORIGEN DE LOS ESTANDARTES ROMANOS

Es sin duda en Roma donde encontramos la documentación más compleja y coherente referida al uso de enseñas militares en su doble faceta práctica y simbólica. En el primer caso, y como ya se ha ido indicando, la tradición indicaba en Roma que el uso práctico de los estandartes se remontaría a la misma fundación de la *Urbs*. En la segunda faceta, el principado tomó, desarrolló y amplió un sistema complejo, codificado y coherente de enseñas que iban desde los *signa* de las centurias de infantería y *vexilla* de caballería, además de los *vexilla* de los destacamentos legionarios –todos ellos estandartes con valor táctico directo-, a los barrocos *signa* de las cohortes pretorianas –más simbólicos que tácticos-, las águilas legionarias –fundamentalmente simbólicas-, y las *imagines* del emperador y los *vexilla* imperiales –puramente simbólicas-. Con el tiempo, se produjo una ‘barbarización’ de las enseñas, comenzando hacia finales del s. I d.C. con la introducción entre algunas *alae* de caballería del estandarte bárbaro llamado *draco*, que en el Bajo Imperio se extendería también a las unidades de infantería. La creciente importancia del Cristianismo entre los militares se evidenciaría también, desde principios del s. IV d.C., con la aparición del *labarum*, estandarte militar de simbología cristiana.

Fueron sin duda los disciplinados romanos quienes, ya en la República arcaica, pero sobre todo desde época de Mario hacia el 104 a.C., desarrollaron un elaborado sistema de enseñas militares de gran importancia en la doble faceta práctica y simbólico-religiosa.

La tradición indica que los primeros estandartes, ya desde Rómulo, habían sido simples manojos (*manipuli*) de heno atados a la punta de una lanza, de donde procedería el nombre de la unidad táctica básica de la legión entre los siglos IV-II a.C. Así al menos lo creía Mauro Servio (*Ad Aen. 11, 870*): “*Porque bajo Romulo en el aún pobre ejército romano ataban manojos [manipulos] de heno a lanzas, y éstos hacían el papel de enseñas [signis]; de donde perduró este nombre*” (51). Lo mismo creían Sexto Aurelio Victor (*de orig. Gentis Romae 22*) y Ovidio (*Fasti 3, 115-118*). Ovidio incluso insiste que los humildes haces de heno eran antaño tan respetados como las águilas de plata de las legiones de su época: “*Estas enseñas estaban hechas de heno, pero de daba al heno el mismo respeto que ves hoy atribuido a tus águilas. Un largo astil llevaba estos haces fijados a la punta; de ahí, el nombre de manipularis que se da al soldado*”. Se ha sostenido que el manojito de heno está relacionado con el sagmen, el manojito de hierbas sagradas asociadas a la ceremonia por la que los *fetiales* elaboraban tratados (52).

Sea como fuere, la compleja articulación de la legión en el siglo III a.C. –la época de Aníbal- exigía numerosas enseñas para guiar a las centurias y manípulos. (Polibio 6). En efecto, Polibio nos ha dejado la más detallada descripción de la estructura del ejército romano republicano y, militar él mismo, insiste



Figura 10. Reverso de un denario con insignias militares, emisión monetada por orden de C. Valerius Flaccus en el año 82 a.C., poco después de la reforma de Cayo Mario que –entre otras cosas- instituyó el águila como enseña principal de cada legión. El águila está flanqueada por dos insignias de centurias. Las letras ‘H’ y ‘P’ aluden probablemente a los antiguos ‘*hastati*’ y ‘*principes*’ que combatían en diferentes líneas de la legión republicana antes de las reformas de Mario, y constituyen una de las escasísimas imágenes del aspecto que pudieron tener las enseñas republicanas.

(53) *Por ejemplo el propio Mario contra los Cimbrios, según Salustio (Catil. 59,3, vid. infra).*

(54) *romanis eam legionibus gaius marius in secundo consulatu suo proprie dicavit. erat et antea prima cum quattuor aliis: lupi, minotauri, equi apri que singulos ordines anteibant. paucis ante annis sola in aciem portari coepta erat, reliqua in castris relinquebantur; marius in totum ea abdicavit. ex eo notatum, non fere legionis umquam hiberna esse castra ubi aquilarum non sit iugum.*

(55) *Salvo error u omisión, cuando no se indica traductor la versión es del autor de este trabajo.*



Figura 11. Las legiones en marcha. Estandartes reconstruidos por sociedades de recreación histórica: *Legio VII Gemina* y *VI Victrix*. De izquierda a derecha, *aquila* de la legión, *imago* del emperador, *vexillum* o bandera de destacamento y dos *signa* de las centurias. Festival Tarraco Viva 2006 (foto autor).

en que los portaestandartes (*semaiaforos*) de cada manipulo (dos, uno por centuria) fueran hombres vigorosos (6,24,6) dada la importancia de su actuación en la batalla.

Hasta casi el final de la época republicana no existía una sola enseña por legión, sino multitud de ellas, una por centuria que, a juzgar por la iconografía monetaria conservada, tenían en el s. I a.C. forma de lanzas decoradas con discos y crecientes, así como corbatas de tela, así como letras que probablemente indican las líneas de '*H(astati)*' y '*P(rincipes)*'; y además otras de carácter simbólico, y zoomorfas, al menos cinco según Plinio. Además, los generales tenían sus propias banderas rojas personales (*vexilla*) que se alzaban para dar la señal de combate, en Cannas y más adelante; y también *vexilla* de colores se empleaban en Roma en caso de movilización.

Es finalmente Plinio el Viejo (*Hist. Nat.* 10, 4, 16) quien nos informa de que antes del segundo consulado de Cayo Mario, el fundador del ejército profesional romano, el ejército –no necesariamente cada legión, aunque no queda claro– contaba, además de con la multitud de enseñas manipulares, con cinco estandartes. Primero, y ante las demás, un águila, y luego además un lobo, un minotauro, un jabalí y un caballo: “*A las legiones romanas la [el águila] consagró, con carácter exclusivo, Gayo Mario en su segundo consulado. Anteriormente también era primera enseña junto con otras cuatro [erat et antea prima cum quattuor aliis]: el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí precedían sendas formaciones [singulos ordines anteibant]. Unos pocos años antes habían comenzado a llevarla a ella sola al campo de batalla; (53) las demás se dejaban en el campamento. Mario prescindió por completo de estas últimas*” (54). A partir de entonces comienza la historia de las águilas y de los estandartes romanos, mucho mejor conocida y más frecuentemente contada. Pero es otra historia.

BIBLIOGRAFIA

A. Fuentes literarias.

Hemos empleado las ediciones bilingües con traducciones en inglés, con 500 volúmenes editados, publicadas por la *Loeb Classical Library* (Cambidge, Massachussets) = <http://www.hup.harvard.edu/loeb/>

Igualmente fundamental es la serie equivalente bilingüe con traducciones al francés, la colección *Belles Lettres* = <http://www.lesbelleslettres.com/collections/>

En español, pese a algunos esfuerzos aislados por el CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), como la Colección *Alma Mater* o la editorial Gredos, no contamos con un repertorio de ediciones bilingües ni siquiera remotamente comparable a los anteriores. En cambio, cumple criterios razonables de calidad la ya muy amplia serie *Biblioteca Clásica Gredos*, de la que se han tomado la mayoría de las traducciones aquí recogidas. (55)

Cade vaz son más y mejores los repertorios de Fuentes Clásicas en Internet. Para el investigador español, es especialmente útil el portal de la Universidad de Salamanca:

<http://clasicas.usal.es/recursos/> que tiene uno de los más completos buscadores de textos clásicos en la red, en versión original y traducidas a diversos idiomas.

Sin embargo, la herramienta con diferencia más potente y útil es el Proyecto Perseus de la Tufts University (con mirror en Berlin):

<http://www.perseus.tufts.edu/hopper/collection.jsp?collection=Perseus:collection:Greco-Roman>

Además, son especialmente útiles:

Corpus Inscriptorum latinorum: <http://www.forumromanum.org/literature/index.html>

Lacus Curtius: <http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/home.html>

The Internet Classics Archive: <http://classics.mit.edu/>

B.- Trabajos modernos

ALBI DE LA CUESTA, J., 1999: *De Pavía a Rocroi. Los Tercios de la infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Balkan.

ALMAGRO GORBEA, M., 1997: "Signa equitum de la Hispania céltica". *Complutum* 9, 101-116.

ALMAGRO GORBEA, M.; TORRES, M., 1999: *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión en la Hispania Céltica*. Zaragoza, Inst. Fernando el Católico.

ANDERSON, J.K., 1970: *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon*. Berkeley & Los Angeles.

BOLICH, G.G., 2004: "Military Technology: Uysing a cloud of dust in Ancient Warfare". *Military History Quarterly*, Autumn 2004.

CARMONA AVILA, R., 2004: "El Pendón de los Zamorano (Priego de Córdoba): aproximación a una enseña militar bajomedieval de valor excepcional". *Antiquitas* 16, 131-149.

DEVINE, A.M., 1989: "Aelian's Manual of Hellenistic Military Tactics. A new translation from the Greek with an Introduction". *The Ancient World*, XIX.1-2, 31-64.

DOMASZEWSKI, A. von, 1972 (ed. or. 1885): *Die Fahnen im römischen Heere*. Aufsätze zur Römischen Heeresgeschichte, Darmstadt, 1-80

FANTAR, M.H., 2001: "Y a-t-il à Carthage une divinité guerrière?". En Y. Le Bohec (ed.) *La Première Guerre Punique*. Lyon-Paris 2001, de Boccard, 123-143.

FAULKNER, R.O., 1941: "Egyptian Military Standards" *Journal of Egyptian Archaeology* 27, 12-18.

GABALDON MARTINEZ, M.M., 2004: *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo Mediterráneo y el mundo celta*. Anejos de Gladius 7, Madrid.

GRIFFITH, P., 1989: *Rally once again. Battle tactics of the American Civil War*. Ramsbury, The Crowood press.

GUADAN, A., 1979: *Las armas en la moneda ibérica*. Madrid, Cuadernos de Numismática.

- HAYTHORNTHWAITE, P.J., 2000: *The Colonial Wars sourcebook*. London, Arms and Armour press.
- HOLMES, R., 2004: *Casacas rojas. Una historia de la infantería imperial británica*. Barcelona, Edhasa.
- HUGHES, B.P., 1997 (ed. or. 1974): *Firepower. Weapons effectiveness on the battlefield, 1630-1850*. Staplehurst, Spellmount.
- JIMENO MARTINEZ, A. et alii, 2004: *La necrópolis celtibérica de Numancia*. S.I. Junta de Castilla y León.
- KARUNANITHY, D., 2006: "Prime Off-Cuts" - Some research into Macedonian-Hellenistic battle standards". *Slingshot* 246, 1-9.
- KATCHER, P; SCOLLINS, R., 2000: *Flags of the Civil War*. London, Osprey.
- KEEGAN, J., 1976: *The Face of Battle*. London, Penguin.
- LAZENBY, J.F., 2004: *The Peloponnesian War. A military study*. London, Routledge.
- LE BOHEC, Y., 2004: *El ejército romano. Instrumento para la conquista de un Imperio*. Barcelona, Ariel
- LORRIO ALVARADO, A.J.; ALMAGRO GORBEA, M., 2004-2005: "Signa equitum en el mundo ibérico. Los bronceos tipo 'jinete de La Bastida' y el inicio de la aristocracia ecuestre ibérica". *Lucentum* 23-24, 37-60.
- MANZANO LAHOZ, A., 1997: *Las Banderas históricas del Ejército español*. Madrid. Ministerio de Defensa.
- MARTINEZ BABON, J., 2003: *Historia militar de Egipto durante la dinastía XVIII. La época de máxima expansión de la historia faraónica*. Barcelona, Fundación Clos.
- McDERMOTT, B., 2004: *Warfare in Ancient Egypt*. Stroud, Sutton.
- MEDAS, S., 2000: *La marinería cartaginesa. Le navi, gli uomini, la navigazione*. Sassari, Carlo Delfino editore.
- MELIDA, J.R. et alii, 1924: *Ruinas de Numancia. Memoria descriptiva*. MJSEA 77. Madrid.
- MOSCATI, S. (ed.), 1988: *I Fenici*. Milano, Bompiani.
- NOSWORTHY, B., 1995: *Battle tactics of Napoleon ad his enemies*. London, Constable.
- O'DONELL, 2000: "La bandera. Su significado a lo largo de la Historia". En *Símbolos de España*, Madrid, Centro de estudios Políticos y Constitucionales, 226-381.
- PARTRIDGE, R., 2002: *Fighting Pharaohs: weapons and warfare in Ancient Egypt*. Peartree, Manchester.
- PASTOR EIXARCH, J.M., 1998: "Estandartes, insignias y heraldos ibéricos y celtibéricos". *Emblemata* 4, Zaragoza, 11-48.
- 2004: "Estandartes de guerra de los pueblos prerromanos de la Península Ibérica". G. Redondo et al. (eds.) *Actas del I Congreso Internacional de Emblemática Gral.* III, 1435-1485. Zaragoza, Instit. Fernando el Católico.
- PEDDIE, J., 1994: *The Roman War machine*. Stroud, A. Sutton Publ.
- REINACH, A.J., 1877-1919: "Signa". En Daremberg, C.; Saglio, E.; Pottier, E., *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*. 5 vols. Paris, 1307-1325.
- RENEL, C., 1903: *Cultes militaires de Rome: les enseignes*. Paris.
- SCHULMAN, A.R., 1964: *Military Rank, Title and Organization in Egyptian New Kingdom*. Berlin.
- STILLMAN, N.; TALLIS, N., 1984: *Armies of the Ancient Near East, 3000 BC to 539 BC*. Worthing, WRG.
- VILLARONGA, L., 1994: *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti Aetatem*. Madrid, Herrero.
- WOOLLISCROFT, D.I., 2001: *Roman military signalling*. Stroud, Tempus.